

<http://dx.doi.org/10.15446/ideasyvalores.v65n161.57462>

Cordero, Néstor Luis. *Cuando la realidad palpataba. La concepción dinámica del ser en la filosofía griega.* Buenos Aires: Biblos, 2014. 202 pp.

Cuando la realidad palpataba representa una aproximación original a la concepción del “ser” en la filosofía griega. Esta noción –“el ser”– es puesta entre comillas por el autor del libro, porque defiende que “el ser” es pensado por los filósofos griegos como algo dinámico en relación directa con la *phýsis*. Néstor Luis Cordero, reconocido especialista en la filosofía de Parménides y autor de libros como *Les deux chemins de Parménide* (1984), *By being, it is. The thesis of Parmenides* (2004), también traducido al español, y *Parmenide scienciatò?* (2008), nos ofrece en esta oportunidad un trabajo que no está dirigido solo a especialistas, sino que puede ser consultado por un público más amplio. Con una visión que va desde Homero hasta Plotino, el autor propone recapitular las ideas sobre “el ser” de los filósofos más influyentes de la antigüedad.

Sería injusto no relacionar el presente estudio con *La invención de la filosofía*, publicada por el profesor Cordero en el 2008. La interesante continuidad entre ambos textos, en relación con los autores y teorías desplegados en ellos, hace que se puedan leer en simultáneo con diferentes enfoques. Esto arroja como resultado una iniciación en la filosofía antigua que excede las modestas pretensiones de una simple introducción, y se presenta, en cambio, un panorama rico en detalles sobre las originales ideas de los filósofos griegos.

Cuando la realidad palpataba se compone de trece capítulos precedidos por un índice, una observación sobre el criterio utilizado en la transliteración del griego y un breve prólogo que presenta la tesis principal del trabajo. Además, se incluyen un epílogo y una lista completa de la cuantiosa bibliografía utilizada en la redacción del libro. Los capítulos están separados por tres interludios que analizan las teorías de filósofos que no desarrollan una concepción dinámica del “ser” (Zenón de Elea, Meliso, Protágoras, Gorgias y Antístenes), pero que por su relevancia en relación con las teorías que sí lo hacen –relevancia por contraposición o por influencia– no pueden ser omitidos en el estudio.

En el primer capítulo se ponen de manifiesto los problemas que implica el estudio de la filosofía antigua y, especialmente, de los filósofos llamados “presocráticos”, con cuyas fuentes originales no contamos. A partir del testimonio de Aristóteles, fuente insoslayable para el estudio de los primeros filósofos, se infiere que estos se ocuparon de la *phýsis*, término con el cual se designa al ser dinámico de la realidad. De todos modos, Cordero manifiesta las precauciones que se deben tener al momento de analizar el testimonio del estagirita, y es por esto que se habla de la “interpretación” de Aristóteles en relación con los filósofos anteriores, sin considerar dicha lectura como un testimonio indubitable.

En el segundo capítulo se expone la significación del término *phýsis*, para demostrar que todos los primeros filósofos coinciden en identificar dicho término con la dinamicidad ontológica. Aquí Cordero analiza la interpretación

de *phýsis* en Homero, que se caracteriza por ser aquello que define a la cosa en cuestión y que, por lo tanto, constituye su ser y aquello por lo cual algo llega a ser lo que es, y muestra cómo dicho término puede relacionarse ya en su uso prefilosófico con la esencia de un ser vivo. Por este motivo, es probable que Tales, Anaximandro y otros filósofos presocráticos concibieran la *phýsis* como algo dinámico, identificando, posiblemente, dicho término con el ser de los entes.

El tercer capítulo está destinado a Heráclito, quien identifica la *phýsis* con la realidad. Esta *phýsis* se encuentra gobernada por un *lógos*, cuyo contenido es la armonía de tensiones opuestas, concepto de relevancia capital en Heráclito. A partir de esto se establece la concepción dinámica del “ser”, gracias al intercambio de tensiones que asegura la permanencia del *kósmos*. El capítulo finaliza con una breve explicación de la significación de *lógos* en dicho autor, que se podría resumir como la expresión de la relación de las armonías de tensiones opuestas.

El cuarto capítulo, dedicado a Parménides, es uno de los más extensos del libro. Su extensión se justifica no solo por la importancia del filósofo, sino también por la vasta investigación que el profesor Cordero ha realizado sobre el pensador de Elea. El estudio se inicia cuidadosamente con la explicación de ciertos problemas filológicos vinculados con la transmisión del poema, y de algunas precisiones conceptuales asociadas al uso del verbo “ser” por parte de Parménides. Con respecto a este último punto, se señala que lo que usualmente se llama “el ser” es expresado por Parménides con el participio presente de *eimí -eón-*, acompañado en algunas

oportunidades por el artículo neutro *-tò eón-*. El sentido de *eón* remite a lo que está siendo ahora, dinámicamente. Esto se da porque Parménides independiza el participio y lo convierte en término de referencia “objetivo” del dinámico “es”, que, gracias a él, se despliega en diversas maneras de “estar siendo” (cf. 66). Este capítulo culmina con el primer interludio que se centra en las figuras de Zenón y Meliso. Se defiende que mientras Zenón desarrolla una postura que “deconstruye” toda posible explicación sobre la realidad, Meliso defiende un punto de vista que impide explicarla.

El capítulo cinco es uno de los más condensados del libro e incluye referencias a Empédocles, Anaxágoras, Diógenes de Apolonia y los pitagóricos. En este capítulo se ponen en evidencia algunos aspectos de la teoría de dichos filósofos que expresan una perspectiva dinámica de la realidad, como es el caso de las “raíces” de Empédocles, las “semillas” de Anaxágoras, el privilegio del aire y los grados de calor por parte de Diógenes de Apolonia, y el esquema genético de la producción del *kósmos* a partir de los números, defendido por los pitagóricos.

El sexto capítulo se centra en Leucipo y Demócrito, los atomistas. La descripción de lo pleno y lo vacío en relación con el movimiento también presenta una mirada de la realidad como algo dinámico, que se expresa fundamentalmente a través de la noción de *palmós* (palpitación), característica que se le atribuye al átomo.

El segundo interludio, que se presenta como prólogo al estudio de la filosofía de Platón, trata algunos aspectos del relativismo sofístico de Protágoras y Gorgias que serán criticados por el ateniense. Ambos se caracterizan por negar

la existencia de una realidad objetiva: por una parte, Protágoras rechaza la existencia de las cosas en sí y defiende que el hombre es el criterio de la existencia o inexistencia de la realidad; por otra, en el tratado *Sobre el no ser*, Gorgias establece que “nada es” y que, aun si fuera, no podría conocerse ni expresarse.

El estudio de la filosofía platónica ocupa cuatro capítulos, en los que se presenta una introducción (capítulo siete), una presentación de la teoría de las Formas (capítulo ocho), un recorrido por los problemas desarrollados en las etapas previas al *Sofista* (capítulo nueve) y una presentación del carácter dinámico de las Formas en el *Sofista* (capítulo diez). La introducción comienza con la presentación del auge y la decadencia de la sofística, haciendo una breve alusión a las figuras de Antifonte y Critias, a partir de los cuales se perfila la decadencia ateniense que culmina con la guerra del Peloponeso. La relevancia de dicho panorama general tiene relación con el punto de partida de la filosofía platónica: la trágica condena de Sócrates por parte de la sociedad ateniense, hecho que culmina con su muerte.

El capítulo ocho pretende acercar al lector a los lineamientos generales y los constituyentes básicos de la teoría de las Formas, tales como la crítica al devenir sensible y la necesidad de justificar el conocimiento a partir del *status* ontológico de las esencias. La “teoría clásica de las Ideas”, llamada así por el mismo Cordero, hace alusión a la estructura más primitiva de la concepción ontológica platónica y de la metafísica de la participación. La falencia de esta teoría radica en que no reflejaría una concepción dinámica del ser y tampoco permitiría justificar el discurso falso.

El desarrollo de la sección dedicada a Platón se interrumpe con el tercer interludio, que se ubica luego del capítulo octavo. La importancia de este interludio, que se ocupa de la crítica de Antístenes a Platón, se explica, como argumenta Cordero, porque las críticas de aquel habrían obligado a este a modificar y fortalecer su teoría de las Formas (cf. 129). El autor analiza la crítica antisténica, que se desarrolla a partir de una concepción materialista de la *phýsis* y del cuestionamiento de la existencia de cualidades separadas, y finaliza su exposición con una breve presentación de la teoría antisténica del *lógos* y la verdad.

El capítulo nueve recorre brevemente los problemas del *Parménides* y del *Teeteto*, diálogos previos al *Sofista*. El capítulo se centra, por una parte, en los argumentos contra la teoría de las Formas que cuestionan tanto su función como su cognoscibilidad, presentados por Parménides en el diálogo homónimo. De igual modo, se comentan también los problemas para justificar la *epistémé* sin tener en cuenta la existencia de las Formas, cuestión abordada en el *Teeteto*. Así mismo, se incluyen algunas apreciaciones sobre el ordenamiento cronológico de los diálogos platónicos de vejez, y los motivos por los cuales Sócrates desaparece paulatinamente como interlocutor en ellos, al punto de ser reemplazado por la figura de un extranjero en el *Sofista*.

El décimo capítulo propone interpretar la metafísica platónica a partir del *Sofista*, donde se rastrea una concepción dinámica del ser expresada en la noción de *dýnamis*. A partir de la “historia de la filosofía” que allí aparece, Cordero muestra que Platón se adhiere a una concepción de la realidad y de sus

principios que se sitúa por fuera de las posturas convencionales que asimilan lo real o el bien a principios únicos (monistas) y múltiples (pluralistas), o bien a los cuerpos materiales (materialistas) y a las Formas inteligibles (idealistas). Para ello se presentan cinco géneros mayores (ser, mismo, otro, reposo y movimiento) y se destaca la preeminencia del ser, definido como potencia (*dýnamis*) de actuar o padecer. Al final del capítulo se expone cómo esta nueva ontología permite explicar la posibilidad del conocimiento, y justificar, a partir de la noción de “no ser” entendida como alteridad, el discurso falso.

El protagonista del capítulo once es Aristóteles. Aunque esta sección es breve, se examinan allí elementos de peso para justificar el desarrollo por parte del estagirita de una concepción dinámica del ser. Cordero expone la idea aristotélica de *phýsis* que se expone en la *Física*, destacando que esta es una cierta *ousía* en movimiento, de la cual se deduce una concepción dinámica de “el ser”. Así mismo, se presentan consideraciones sobre el devenir de las cosas naturales y los conceptos de *hýle* (materia), *eidos* (forma), *dýnamis* (potencia), *enérgeia* (actividad) y *stéresis* (privación).

El capítulo doce versa sobre los estoicos y los epicúreos. En el caso de los estoicos, la dinamicidad del ser se vincula con ciertos aspectos de la metafísica platónica del *Sofista*, con la salvedad de que para aquellos solo existe lo corpóreo, ya que solo los cuerpos actúan o padecen.

En este marco se inscribe la noción de *tónos* (pulso), que asegura la coherencia de cada objeto y su relación con la actividad cósmica. En el apartado dedicado a los epicúreos se pone de manifiesto el carácter central del concepto de *palmós* (palpitación) en relación con el movimiento de los átomos y sus consecuencias para la justificación de la acción libre.

El capítulo final se centra en Plotino, y se inicia con una breve introducción y descripción del sistema filosófico de este autor neoplatónico. Según Cordero, la concepción del universo de Plotino es la de un universo que se explica por la presencia real de una fuerza espiritual de origen divino, una potencia activa que engendra seres de modo inagotable. De esta manera se expone que la preeminencia del movimiento en el propio sistema hace que se lo identifique con el ser, puesto que ocupa un lugar jerárquico que hace que el universo se desprenda del dinamismo.

Finalmente, el epílogo del libro no solo resume las principales tesis del trabajo, sino que agrega un comentario sugerente sobre el eclipse y olvido de la concepción dinámica del ser en la filosofía posterior, que justifica la necesidad de volver a ese modo de ver y filosofar propio de los griegos.

ALEJANDRO MAURO GUTIÉRREZ
 Universidad Nacional de San Martín -
 Buenos Aires - Argentina
gutierrezalejandromauro@gmail.com